

La *stásis* de Corcira (427-425): Trasfondo social y marco geopolítico*

César FORNIS
Universidad Complutense

Resumen

La *stásis* corcireña (427-425) fue el primer y más trágico episodio de conflicto civil durante la guerra del Peloponeso, consecuencia en gran medida del respaldo ateniense y lacedemonio a los grupos políticos en pugna, demócratas y oligarcas, respectivamente. Este artículo pretende profundizar tanto en el trasfondo socioeconómico de ambas facciones antagónicas como en la importancia estratégica que el marco geopolítico en que se desarrolla esta guerra civil -el noroeste continental griego- tenía para los dos grandes poderes que dirimían la hegemonía sobre la Hélade.

Abstract

The Corcyraean *stasis* (427-425) was the first and most tragic incident of civil strife during the Peloponnesian War, mostly as a result of the Athenian and Lacedaemonian support of the political groups in conflict, both democrats and oligarchs. This paper deals with the socioeconomic background of the antagonic factions and the strategical significance that the geopolitical framework -the Northwest of the Greek continent- had for the two great powers who fight for the hegemony in the Greek world.

Palabras clave: *Stásis*, oligarcas, *dêmos*.

* Este trabajo forma parte de un estudio sobre la guerra del Peloponeso financiado por la Fundación Cajamadrid, a quien deseo dejar constancia de mi agradecimiento, extensivo al Profesor Domingo Plácido por la lectura y sugerencias realizadas a una primera versión de este artículo. Las referencias sin nombre de autor son siempre a Tucídides y las fechas se sobreentienden antes de nuestra Era.

La *stásis* o lucha civil que estalló en Corcira en 427 representa el primer incidente de la guerra del Peloponeso de consecuencias dramáticas para la política interna de una ciudad motivado por la intromisión en la misma de las dos potencias que se disputaban la hegemonía en la Hélade (III,82,1). Este episodio ha generado una abundante literatura, que mayoritariamente se ha centrado en el análisis desde un punto de vista ético o sociológico, como ejemplo de desbordamiento de las pasiones humanas y de radicalización de la militancia política en una situación de guerra interna que llevó a Tucídides a una amplia reflexión sobre la crisis de los más genuinos valores y señas de identidad helenas¹. Mientras que sobre este enfoque se ha incidido con profusión, no se ha prestado excesiva atención a la repercusión de la *stásis* corcirensis en el desarrollo general de la guerra, olvidando que la pérdida de la isla como aliada podía significar para Atenas un cambio negativo en el balance de poder naval griego y la eliminación

1. Sin pretensión de ser exhaustivo, un comentario y valoración en este sentido de los sucesos acaecidos durante la *stásis* corcirensis puede encontrarse en F.M. WASSERMAN, «Thucydides and the Disintegration of the Polis», *TAPhA*, 85, (1954), 46-54; A.W. GOMME, *A Historical Commentary on Thucydides II*, Oxford 1956, 372-386; R.P. LEGON, *Demos and Stasis. Studies in the Factional Politics in Classical Greece*, diss. Cornell University 1966, esp. 16-34; I.A.F. BRUCE, «The Corcyraean Civil War of 427 B.C.», *Phoenix*, 25, (1971), 108-117; A. FUKS, «Thucydides and the Stasis in Corcyra», *AJPh*, 92, (1971), 48-55; J.J. SAYAS, «La revolución de Corcira», *HAnt*, 1, (1971), 179-195; L.A. LOSADA, *The Fifth Column in the Peloponnesian War*, *Mnemosyne* supl. 21, Leiden 1972, 97 ss.; D. KAGAN, *The Archidamian War*, Ítaca-Londres 1974, 175-181; L. EDMUNDS, «Thucydides' Ethics as Reflected in the Description of the Stasis (3.82-83)», *HSCPh*, 79, (1975), 73-92; E. RUSCHENBUSCH, *Untersuchungen zu Staat und Politik in Griechenland vom 7-4 Jh. v. Chr.*, Bamberg 1978, 37 ss.; A. PANAGOPOULOS, *Captives and Hostages in the Peloponnesian War*, Atenas 1978, 65 ss.; C.W. MACLEOD, «Thucydides on Faction (3.82-83)», *PCPhS*, 25, (1979), 52-68; M. COGAN, «Mytilene, Plataea and Corcyra. Ideology and Policy in Thucydides, Book Three», *Phoenix*, 35, (1981), 1-21; W.R. CONNOR, *Thucydides*, Princeton 1984, 95-105; A. LINTOTT, *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City*, Londres-Nueva York-Sidney 1982, 106-109; J.B. SALMON, *Wealthy Corinth*, Oxford 1984, 313-316; D. COHEN, «Justice, Interest, and Political Deliberation in Thucydides», *QUCC*, 16, (1984), esp. 56-58; H.J. GEHRKE, *Stasis. Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staten des 5 und 4 Jahrhunderts v. Chr.*, Munich 1985, 88 ss.; J.B. WILSON, *Athens and Corcyra. Strategy and Tactics in the Peloponnesian War*, Bristol 1987, 87-118; M.H.B. MARSHALL, «Thucydides 3.82.1», *LCM*, 15, (1990), 56-57; S. HORNBLOWER, *A Commentary on Thucydides I*, Oxford 1991, 477-479.

de un valioso enclave en el noroeste continental -área bajo el control y la explotación de los corintios- y en la ruta hacia Sicilia, adonde precisamente ese año los atenienses mandan su primera expedición. Por otra parte, la lucha fáctica, ni en Corcira ni en otros estados, alberga un contenido exclusivamente político, a pesar de que su fin último sea buscar el cambio constitucional (*metabolè politeías*), sino que la raíz socioeconómica que inevitablemente subyace a toda *stásis* traduce en definitiva el endémico enfrentamiento entre las clases pudientes y las menos favorecidas. En torno a estos dos aspectos de la *stásis* corcirese durante la guerra del Peloponeso, el geopolítico y el social, gira el presente trabajo.

El problema tuvo su origen con la puesta en práctica de un sutil y atrevido plan de la clase dirigente corintia para fomentar la disensión interna en Corcira y conseguir apartar a la isla de la alianza ateniense. Desde el enfrentamiento con su colonia en Sibota en 433, los oligarcas corintios habían mantenido bajo especial cuidado y con excelente trato a doscientos cincuenta prisioneros corcirenses, que se encontraban entre los más influyentes de su ciudad, con vistas a emplearlos en provocar un cambio en la lealtad de Corcira². La afirmación de Tucídides sobre el rango y riqueza de los prisioneros corcirenses -los designa como *πρῶτοι* de su estado- nos lleva a pensar que se trataba de hombres proclives a mantener posiciones oligárquicas, dispuestos a enfrentarse a la facción demócrata corcirese para asumir el control político de la ciudad³. Gomme⁴ no niega que pudieran ser patriotas después de todo, aunque en la antigua Grecia el patriotismo solía ser cosa

2. I,55,1; III,70,3. Diodoro (XII,57,1-2) hace que sean los corcirenses quienes propongan la idea a los corintios a cambio de su liberación, pero su relato es en conjunto un sumario del tucidídeo y no se hace preferible a éste en los pasajes mencionados.

3. LEGON, *op.cit.*, 23; KAGAN, *op.cit.*, 175; *contra* BRUCE, *op.cit.*, 109 y WILSON, *op.cit.*, 89, que los consideran «simples» hoplitas o *epibátai*, sin matizar que dentro de la clase hoplítica podían servir hombres de considerable riqueza y olvidando que portar el *hóplon* suponía *per se* una elevada posición socioeconómica. Pero además Wilson (pp. 60-61) echa mano de una *ratio* muy *sui generis* en la evaluación del contingente militar corcirese -cinco infantes pesados por cada tres ligeros- para concluir que de los doscientos cincuenta hombres sólo ciento cincuenta serían hoplitas, mientras el centenar restante lo compondrían arqueros y lanzadores de jabalina, que podían también remar junto a los esclavos; esta afirmación, contraria *expressis verbis* al texto tucidídeo, haría más difícil pensar en el fondo oligárquico de los promotores de la *stásis*.

4. *Op.cit.*, 359.

de las clases bajas⁵. Desde luego llama la atención en primer lugar la previsión de los corintios al seleccionar los prisioneros, probablemente para hacer uso de ellos en el marco de su conflicto particular contra su colonia rebelde, y, en segundo lugar, los seis años de cautiverio -por llamarlo de alguna forma- hasta encontrar el momento óptimo para desarrollar su plan, momento que parece coincidir con la revuelta mitilenea y el final del asedio de Platea, tal vez en la esperanza de una sublevación general de los aliados atenienses⁶. Esto indica un considerable empeño y la renuncia a un beneficio inmediato como era su venta en el mercado junto a los ochocientos esclavos capturados⁷. La liberación de los prisioneros, mediante el pago de un rescate que cubriera las apariencias, tuvo como intermediarios a los πρόξενοι corintios en Corcira, implicados en el plan, pues constituían un canal diplomático habitualmente utilizado en traiciones y

5. G. HERMAN, *Ritualised Friendship and the Greek City*, Cambridge 1987, esp. 156-161; cf. también I. MORRIS, «The Early Polis as City and State», en J. Rich, A. Wallace-Hadrill (eds.), *City and Country in the Ancient World*, Londres-Nueva York 1991, 49.

6. Tucídides no menciona el momento de su liberación, pero habitualmente es entendido que tendría lugar poco antes del brote de la *stásis*; no obstante, WILSON, *op.cit.*, 89-96 ha propuesto una secuencia cronológica para los acontecimientos partiendo arbitrariamente de que la liberación tuviera lugar en 430 o incluso antes, sin que la revolución estallase hasta el 427. También existen serias dudas sobre la extraordinaria cifra aportada como rescate, que según Tucídides asciende a ochocientos talentos, rechazada entre otros por GOMME, *op.cit.*, 359, que propone ochenta talentos u ochocientas minas. Esta última cantidad resulta la más lógica si recordamos que el precio medio por el rescate de un ciudadano era de dos minas en tiempo de las guerras médicas y de una en el curso del siglo IV (cf. R. LONIS, *Les usages de la guerre entre grecs et barbares des guerres médiques au milieu du IV s. avant J.-C.*, París 1969, 53), aquí algo más elevada -3,2 minas por hombre- al tratarse de *principales* de la *pólis*. Un estudio de los precios de rescate por prisioneros de guerra desde época homérica a helenística acorde con estas apreciaciones puede encontrarse en P. DUCREY, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique*, París 1968, 246-254.

7. El hecho de que sean posteriormente rescatados ya indica su condición previa de ciudadanos libres (αἰχμάλωτοι) que los diferenciaba de los esclavos de origen (δοῦλοι); cf. LONIS, *op.cit.*, 51. Si este argumento se complementa con su servicio militar en calidad de hoplitas, aunque sea sobre la cubierta de una nave, deben de quedarnos pocas dudas acerca de su pertenencia a un alto estrato social. En lo referente a los cautivos como fuente de ingresos en el marco de la actividad predatoria que es la guerra, véase Y. GARLAN, *Guerre et économie en Grèce ancienne*, París 1989, esp. 85-88.

conspiraciones con estados extranjeros⁸.

Los prisioneros liberados se convirtieron, así, en agentes procorintios que actuaban como «quintacolumnistas» que tenían el objetivo de anular la alianza ático-corcirensis. Estos *prótoi*, que ya gozarían de prestigio e influencia en su estado antes de su captura merced a su condición social, volvían ahora como héroes reconocidos y símbolos de la autonomía corcirensis frente a la metrópoli corintia, una posición que les permitiría dirigirse con mayor facilidad a la mayoría de los ciudadanos en pro de convencerles de los males de la guerra si seguían alineados con Atenas⁹. Su trabajo se dejó sentir pronto al lograr una declaración por la que sólo serían admitidas una nave corintia y otra ateniense para entablar unas conversaciones que finalmente cristalizaron en la quimérica declaración de «mantener la alianza con Atenas, pero ser también amigos de los peloponesios» (III,70,2). R.A. Bauslaugh¹⁰ ha intentado defender que esta decisión constituía una opción lícita real y nada utópica que seguía el ejemplo de otros estados neutrales, pero su interpretación suscita diversas objeciones. En primer lugar, este autor olvida que, frente a esos otros estados neutrales, Corcira había participado ya en la contienda e indudablemente se había visto afectada por la misma, por lo que su salida se hacía francamente difícil, y esta imposibilidad era alentada por la importancia estratégica de la isla para ambos bandos, que Bauslaugh ni siquiera menciona; como demuestran multitud de ejemplos a lo largo de la guerra del Peloponeso, de los cuales el que ha trascendido más a causa de su dramatismo ha sido el de Melos en 416 frente a la férrea e intransigente postura de fuerza ateniense, la coerción aplicada por los dos *hegemónes* podía anular en la práctica cualquier voluntad por parte de los estados menores de elegir una vía alternativa a la designada y deseada por los primeros. Tampoco creo que la declaración de neutralidad pueda ser compatible con la preservación de la alianza defensiva que Corcira mantenía con Atenas¹¹, puesto que, desde el momento en que el Ática había sido invadida, Corcira se convierte en estado beligerante integrado en la entente ateniense, de lo que resulta por tanto una situación bien distinta de la de 433. Por último, la pretensión de neutralidad, aunque decidida por mayoría en la

8. LOSADA, *op.cit.*, 98 y 105.

9. KAGAN, *op.cit.*, 176.

10. *The Concept of Neutrality in Classical Greece*, Berkeley-Los Ángeles-Oxford 1991, 134 con n. 60.

11. Como ha planteado V. ALONSO TRONCOSO, *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso*, Madrid 1987, 31.

Asamblea democrática, aparece determinada por los oligarcas corcirenses, que naturalmente miran por sus intereses políticos y de clase, en este caso centrados en debilitar a la facción demócrata opositora e impedirles cualquier tipo de ayuda por parte ateniense. Bauslaugh habla todo el tiempo de Corcira en sentido genérico cuando en realidad existe una línea política bien distinta según se encuentren en el poder los *oligoí* proacedemonios o los *polloí* proatenienses, algo difícilmente eludible.

La facilidad con que los oligarcas consiguen moldear la opinión del *dēmos* no ha de extrañarnos. Atenas no debía de gozar de amplias simpatías en el seno de la sociedad corcirenses¹², la cual, tras una larga tradición de neutralismo ejercida desde las guerras médicas¹³, había buscado la alianza en una coyuntura muy concreta de su conflicto con la potencia colonial corintia con el fin de evitar ser aplastada por la flota peloponesia, pero que no veía con buenos ojos su participación en una conflagración que alcanzaba a gran parte de la Hélade; prueba de ello será el estricto respeto de su *epimachía* o alianza defensiva con Atenas y su escasa implicación en la guerra, limitada prácticamente a la campaña ateniense del 431 en el noroeste. Con vistas a justificar la imposibilidad corcirenses de determinar su propia política exterior, podemos recordar *verbatim* la afirmación que Víctor Alonso Troncoso¹⁴ incluye en su balance de los acuerdos bélicos en época clásica: «el imperialismo supuso en este sentido una degradación de las relaciones interestatales al quebrantar los cuatro grandes principios que habitan en todo derecho de gentes: la fuerza obligatoria de las convenciones, la libertad de los estados, la igualdad de los actores internacionales y la solidaridad».

Los oligarcas procorintios habían conseguido formalizar ante el resto de los estados griegos un estatuto de no beligerancia para Corcira, pero éste sólo era el primer paso hacia el establecimiento de un régimen oligárquico e incluso de una alianza con los peloponesios que lo sustentase¹⁵. De otra forma, con la

12. WILSON, *op. cit.*, 116.

13. V. ALONSO TRONCOSO, «Neutralidad y desunión en la segunda guerra médica», en G. Pereira Menaut (ed.), *Actas Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua* (Santiago de Compostela 1986), Santiago de Compostela 1988, 61-64.

14. Neutralidad..., *op. cit.* (n. 11), 53.

15. LOSADA, *op. cit.*, 98; KAGAN, *op. cit.*, 176; SALMON, *op. cit.*, 314; WILSON, *op. cit.*, 88; *contra* BRUCE, *op. cit.*, 110. S. ACCAME, «Tucidide e la questione di Corcira», en *Studi in onore di V. di Falco*, Nápoles 1971, 146 n. 5 duda de que Corcira pudiera tener un régimen democrático en 427, cuando según él es seguro que era una oligarquía al estallar la crisis de Epidamno en 435, pensando sin duda en su ayuda a los

continuación de las instituciones democráticas, no podían estar seguros de que el *dêmos*, en cualquiera de las reuniones de la *Ekklesia*, votase de nuevo por el acercamiento a Atenas. Había por tanto que desprestigiar a los partidarios de Atenas en la ciudad, conducidos en esos momentos por Pitias, próxeno voluntario de los atenienses y *prostátes* de los demócratas, a quien se acusó de querer hacer a Corcira esclava de Atenas¹⁶. Se trata de un juicio político para deshacer, o al menos decapitar, a la facción contraria dentro del marco judicial que contemplaba la democracia corcirese¹⁷. Puesto que Tucídides no nos informa de ningún movimiento anterior de estos demócratas, hemos de suponer que los *prôtoi* filocorintios no se detuvieron una vez lograda la neutralidad, sino que pensaron seguir ejerciendo su influencia para desarmar completamente a la oposición, que podría interponerse en sus planes de tomar el control de los asuntos públicos en la *pólis*. Sin embargo, Pitias fue absuelto y quiso devolver la moneda a sus enemigos políticos acusando a los cinco más ricos de entre estos prohombres de un delito religioso que desembocó en la imposición de una fuerte multa; de nada les sirvió acogerse como suplicantes en los templos, pues Pitias exigió el cumplimiento de la ley. Esta condena, que suponía un indudable debilitamiento de su prestigio, unido a los rumores de que Pitias pensaba convencer al pueblo para firmar una *symmachía* o alianza plena con Atenas, llevó a los oligarcas a actuar de modo violento, irrumpiendo en el Consejo y matando a Pitias y a otros sesenta individuos más entre bouleutas y conspicuos particulares, presumiblemente simpatizantes de la *arché* ateniense¹⁸.

aristócratas epidamnios; pero su argumento no es válido, ya que sí es seguro que Corinto tenía un régimen oligárquico y, sin embargo, apoyó a los demócratas epidamnios, en clara demostración de que lo menos importante es la forma de gobierno si se ponen los medios para conseguir un objetivo; también P. CALLIGAS, «An Inscribed Lead Plaque from Korkyra», *ABSA*, 66, (1971), 88 se manifiesta en favor de una oligarquía al frente del estado e incluso nota que la guerra civil pudo ser consecuencia de la resistencia de los *oligoi* a dar entrada a las medidas democráticas que una «muchedumbre marinera» reclamaba, transplantado con demasiada ligereza el modelo ateniense del *nautikós óchlos* a una realidad muchos menos conocida y seguramente bien distinta como es la corcirese.

16. III,70,3; HORNBLOWER, *op.cit.*, 468 presupone que el término *ethelopróxenos* designaría una proxenia de carácter no hereditario.

17. KAGAN, *op.cit.*, 177.

18. III,70,4-6. Véase GOMME, *op.cit.*, 361 sobre estos poderes especiales que la *Boulé* parece tener para ejecutar sentencias judiciales; sorprende, asimismo, la presencia de ciudadanos privados en las reuniones del Consejo. Para WILSON, *op.cit.*, 89 los oligarcas

Los *prôtoi* se habían hecho con el control de la *Boulé*, desde donde impusieron a la Asamblea la ratificación de la condición de neutral como único medio de «escapar a la esclavitud ateniense». Su posición era todavía insegura, como demuestra el hecho de justificar su acción no sólo ante el *dêmos* corcirese, sino también ante el ateniense, mediante el envío de una embajada explicativa. Los embajadores fueron inmediatamente apresados por los atenienses y deportados a Egina en consideración de agitadores (III,71-72,1). Esto significa que Atenas no reconocía a los representantes del nuevo grupo de poder al frente de la isla, a pesar de la declaración de neutralidad y la estipulación de no recibir más de una nave de las fuerzas en conflicto -en una clara violación del *ágraphos nómos*-, por lo que es ahora cuando tenemos conciencia de la lucha fáctica que ha quedado planteada entre demócratas y oligarcas, respaldados respectivamente por atenienses y peloponesios. Anteriormente, «Atenas había demostrado indiferencia hacia la ideología de sus aliados y no se había preocupado por establecer democracias en ciudades recapturadas»¹⁹, mostrando una actitud que también es observable en los responsables del estado corintio hacia los demócratas epidamnios en 435 (I,24,5-6) o hacia la tiranía de Evarco en Ástaco en 431 (II,33,1). La alianza que Atenas había firmado en 433 no era con la *pólis* de Corcira, sino con determinados personajes prominentes de la sociedad corcirese que actuaban bajo la apariencia de jefes «populares»²⁰. Se requería la intervención e influencia de estos *prostátai tou dêmou* para mantener a la masa afecta al poder ateniense y vigente el compromiso de alianza entre ambos estados²¹.

se vieron obligados a actuar de manera forzada y no planeada, no tanto por la condena como para frenar a Pitias. En cuanto a los peligros que este último encaraba como consecuencia de su defensa de los intereses atenienses en la isla, véase J.K. DAVIES, *Democracy and Classical Greece*, Hassocks 1978, 81-82 y A. GEROLYMATOS, *Espionage and Treason. A Study in the Proxenia in Political and Military Intelligence Gathering in Classical Greece*, Amsterdam 1986, 70 ss.

19. COGAN, *op. cit.*, 11.

20. A pesar de que el panfleto del Pseudo Jenofonte (1,14; 3,10-11) acusa expresamente a la democracia ateniense de elegir a los peores o menos aptos de entre las ciudades sometidas para el gobierno de éstas, mientras los regímenes oligárquicos buscarían el apoyo de los miembros destacados de la comunidad.

21. G.E.M. DE STE. CROIX, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres 1972, 40-41; ID., *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (trad. de T. de Lozoya), Barcelona 1988 (= 1981), 341.

Con la llegada de representantes corintios y lacedemonios, los oligarcas atacaron a los demócratas y los derrotaron, por lo que éstos buscaron refugio en la Acrópolis y el puerto Hilaico. La guerra civil se había desencadenado. Demócratas y oligarcas buscaron la colaboración en la lucha de los *oikétai* bajo promesa de liberación, la mayor parte de los cuales se unieron a los populares. Esta población esclava que habitaba el campo debió de ser numerosa (*vid. infra*) y habría de determinar la victoria final del grupo demócrata sobre el oligarca, quienes por su parte se vieron compelidos a contratar a ochocientos mercenarios del continente, cuyo profesionalismo pudiese compensar, al menos en parte, la notable desventaja numérica²². Y. Garlan²³ se ha preguntado si detrás de estos *oikétai* se esconde algún tipo de servidumbre étnica, de tipo hilótico, similar a la de los *kyllýrioi* de Siracusa -sículos autóctonos sometidos por los primeros colonos corintios-, pero en tal caso Tucídides posiblemente lo hubiese especificado y no habría utilizado los términos habituales para designar al esclavo mercancía, *doúlos* y *oikétes*²⁴.

El repentino ataque sobre el *démos* cuando la situación parecía apaciguada tras el asesinato de Pitias, que no había motivado una inmediata respuesta popular conducida por los cabecillas demócratas²⁵, indica la escasa confianza de los oligarcas en que la masa aceptara la instauración de un nuevo régimen. Por otra parte, la presencia de los lacedemonios es sintomática del respaldo militar que éstos podrían proporcionar al régimen oligárquico. Hasta ese momento sólo Corinto parecía interesada en los sucesos de Corcira, tal vez porque no informaron de su plan a los espartanos por ver si lograban controlar ellos mismos la situación²⁶. El imperialismo de las potencias hegemónicas afectaba así a la lucha

22. III,72-73. Como bien ha señalado FUKS, *op.cit.*, 49, la idea era conseguir hombres para la lucha, no plantear la abolición de la esclavitud, pues ésta nunca fue cuestionada en el mundo antiguo y este caso no es una excepción. Cf. también HORNBLOWER, *op.cit.*, 471-472 para la excepcionalidad de la convocatoria de esclavos por los posibles disturbios posteriores que podían causar con sus reivindicaciones.

23. *Slavery in Ancient Greece* (trad. de J. Lloyd), Ítaca-Londres 1988 (= 1984), 162.

24. D. PLÁCIDO, *Tucídides. Index thématique de la dépendance*, París 1992, 60-61.

25. LINTOTT, *op.cit.*, 108.

26. SALMON, *op.cit.*, 315 especula con la posibilidad de que Esparta se viese arrastrada a secundar el plan corintio como consecuencia del fracaso en las previsiones, «cuando ya los oligarcas estaban corriendo», pero no hay datos que permitan apoyar o confirmar esta hipótesis. Por otro lado, BRUCE, *op.cit.*, 112 y WILSON, *op.cit.*, 88 piensan que los lacedemonios pudieron forzar a los oligarcas a actuar.

de clases entablada y ahora acrecentada en la comunidad isleña, aunque nuestras fuentes no hablen explícitamente de este antagonismo como base determinante de la guerra civil²⁷. La *stásis* atañe e interesa en primer lugar a la ciudadanía -si bien excepcionalmente otros grupos como extranjeros, metecos o esclavos puedan entrar en juego de forma marginal-, dentro de la cual se dirime un endémico conflicto por asegurar o extender los derechos y privilegios de unos, en un proceso que por fuerza ha de implicar la reducción de los de los otros²⁸. En este sentido la lucha civil en Corcira fue la primera y sirvió de modelo para subsiguientes *stáseis* brotadas a lo largo de la guerra del Peloponeso -en lo sucesivo las dos potencias intervendrán a instigación de facciones políticas locales²⁹- y a ello se debe la especial atención que le prestó Tucídides.

La violencia era el único medio que tenían los oligarcas para conseguir que Corcira desarrollara una política de entendimiento con su metrópoli corintia, cuando le había sido abiertamente hostil casi desde su fundación y ambas pugnaban con denuedo por el control del noroeste continental³⁰. Además, la sustitución de un régimen democrático por otro oligárquico solamente podía ser acompañada por el derramamiento de sangre, a causa de que los *béltistoi* no admitían resistencia a su gobierno. Desgraciadamente no podemos saber cuán arraigadas estaban las ideas democráticas en la sociedad corcirenses y tampoco podemos establecer una analogía con otro poder marítimo como Atenas para aplicar la máxima aristotélica de que los remeros eran la base de la democracia (*Pol.* 1304a 8), porque Corcira utilizó en su mayoría, si no exclusivamente, esclavos y no *thêtes* en sus trirremes³¹. A juzgar por el encarnizamiento de la lucha y su dilatado desenlace, los demócratas no eran tan superiores en número a los oligarcas como en un principio podría parecer (*vid. infra*).

27. D. PLÁCIDO, «De la muerte de Pericles a la *stasis* de Corcira», *Gerión*, 1, (1984), 140; DE STE. CROIX, *La lucha de clases...*, *op.cit.* (n. 21), 60-61.

28. M. I. FINLEY, «La libertad del ciudadano en el mundo griego», en *La Grecia antigua. Economía y sociedad* (trad. de T. Sempere), Barcelona 1984 (=1981), 107-108.

29. COGAN, *op.cit.*, 2; LINTOTT, *op.cit.*, 108.

30. C. FORNIS, «La *polis* como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio», en D. Plácido, J. Alvar, J.M. Casillas y C. Fornis (eds.), *Imágenes de la polis*, Madrid 1997, 63-87.

31. I,55,1; cf. GOMME, *op.cit.*, 363. No obstante, GARLAN, *Slavery...*, *op.cit.* (n. 23), 168 no descarta que este masivo uso de esclavos en la flota corcirenses pudiera ser un acto coyuntural, fruto de la presión interna y externa que sufría la isla.

El siguiente enfrentamiento dio a los demócratas como vencedores y supuso la retirada de la nave corintia y el regreso de los mercenarios al continente, poco antes de la llegada de Nicóstrato desde Naupacto con doce naves y quinientos hoplitas mesenios (III,74-75,1). Tucídides elogia la moderación demostrada por el estratego ateniense en el intento de reconciliación de las *facciones* enfrentadas en Corcira mediante un pacto mutuo que, sin represalias o rencores, se limitara a un juicio a los diez máximos responsables del fracasado golpe de estado, eso sí, previo acuerdo de una total *symmachía* entre Atenas y la isla. Ante la huida de los diez *prôtoi* y el elevado número de oligarcas, los *prostátai* demócratas pidieron a Nicóstrato que les dejara cinco naves como arma disuasoria ante sus oponentes, mientras equipaban para él cinco de las suyas en las que enrolaron a sus adversarios (III,75,1-3). Gomme evaluó en unos doscientos los oligarcas que servían como *epibátai* en la defensa de Naupacto³², lo que significaba para Nicóstrato un alto riesgo de revuelta en casi la mitad de su escuadra.

Los oligarcas elegidos para servir en las cinco naves pensaron que, en lugar de ir a Naupacto, serían llevados a Atenas, donde nada bueno podían esperar, por lo que se acogieron como suplicantes en el santuario de los Dióscuros y ni siquiera Nicóstrato pudo convencerles de que abandonaran dicha situación. Entonces los demócratas alegaron que tramaban algo para tomar las armas y sólo la intervención del estratego ateniense evitó la matanza (III,75,3-4). Pero el arranque violento de los demócratas había atemorizado no sólo a los *olígoi* destinados a las naves, sino a todos los demás implicados en la revolución, que en número no inferior a cuatrocientos se refugiaron en el templo de Hera; los demócratas les convencieron para instalarles en la isla situada delante del mencionado templo con el fin de mantenerlos alejados y evitar una posible revuelta en el interior de la *pólis* (III,75,5).

32. *Op.cit.*, 364, seguido por WILSON, *op.cit.*, 60-62 y 98 en esta estimación que parte de la premisa de que en Sibota combatieron unos cuarenta *epibátai* por nave -Wilson incluye entre éstos también a los arqueros y lanzadores de jabalina, es decir, subhoplitas-, cifra que no está constatada más que en la flota quiota en 494 y que se aleja del modelo ateniense de diez por nave derivado del decreto de Temístocles. En Sibota, no obstante, la flota corintia iba pertrechada con una apreciable fuerza hoplítica para invadir Corcira más que para combatir en el mar (cf. J.S. MORRISON, J.F. COATES, *The Athenian Trireme*, Cambridge 1986, 62 n. 1).

En esta tensa situación se produjo la aproximación de la flota peloponesia, integrada por las cuarenta naves que habían regresado del Egeo y por trece más de Léucade y Ambracia. El mando seguía en posesión del espartiatá Alcidas, representante en la línea de Cnemo de las virtudes y defectos atribuidos al liderazgo lacedemonio³³, que venía de fracasar en el intento de ayuda a la revuelta mitilenea en el Egeo y que posiblemente por ello contaba ahora con el consejo de Brasidas, de nuevo en su condición de *sýmboulos* por el pundonor que le caracterizaba³⁴. En mi opinión, la llegada de esta flota revela el interés lacedemonio por fomentar la rebelión entre los aliados de Atenas, en este caso acrecido por el tamaño de la flota corcireña, la cual hubiera significado un notable refuerzo para la lucha contra los atenienses en el mar. Asimismo, la retirada anterior de la nave corintia supone un abandono de los planes originales de la clase dirigente corintia fundados en la conspiración y el secreto para poner ahora el asunto en manos de la cabeza visible de la liga del Peloponeso, en una intervención abierta que ganase Corcira para su causa. Distintos medios para un mismo objetivo.

Para hacer frente a los peloponesios, los demócratas corcireños desatendieron los consejos de los atenienses de dejarles navegar antes³⁵ y dispusieron sesenta naves con gran desorden, que fueron enviadas conforme eran equipadas; dos de ellas desertaron inmediatamente, mientras la indisciplina y el miedo cundieron en el resto durante su enfrentamiento con los peloponesios; su derrota hubiera sido total de no ser por la pericia de los atenienses que, con el hundimiento de un barco, provocaron la concentración de las fuerzas enemigas contra ellos y permitieron, así, la retirada de los corcireños³⁶. La habilidad y frialdad de Nicóstrato no fue menor que la demostrada por su colega Formión en Naupacto dos años antes (cf. II,83,1-2) y significó la salvación de la isla para la alianza ateniense, pues el relato de Tucídides sugiere que la lucha civil había estallado también a bordo de los navíos corcireños, donde los tripulantes combatían entre sí ante la inminencia de la derrota. Más que nunca se ponían de manifiesto las nefastas consecuencias que para la ansiada concordia social

33. H.D. WESTLAKE, *Individuals in Thucydides*, Cambridge 1968, 142-147.

34. III,76; cf. T. KELLY, «Thucydides and Spartan Strategy in the Archidamian War», *AHR*, 87, (1982), 45-46.

35. Según WILSON, *op.cit.*, 101 porque se requería su presencia constante en la ciudad para controlar a los oligarcas.

36. III,77-78; cf. MORRISON, COATES, *op.cit.*, 77-78.

(*homónoia*) de un pueblo tenía el verse inmerso en la contienda entre los dos grandes *hegemónes* griegos.

Ante un posible ataque peloponesio a la ciudad, los demócratas trasladaron a los oligarcas de la isla de nuevo al *Heraïon* para prevenir su posible colaboración con los agresores, pero éstos renunciaron a la conquista del *ásty*, donde reinaba el desorden y el temor, y se dieron por satisfechos con los trece barcos corcirenses capturados. La opinión de Brasidas de marchar contra Corcira no fue aceptada por Alcidas, más partidario de devastar los campos de Leucimme. El miedo había llevado a los demócratas a buscar una solución con los suplicantes para salvar al menos la ciudad, no obstante lo cual fueron capaces de equipar treinta naves en espera de un ataque que finalmente no llegó a producirse (III, 79-80, 1). Aunque los peloponesios podrían haber sacado un mayor provecho de la situación a costa de correr un gran riesgo³⁷, la prudencia de Alcidas es en esta ocasión comprensible, ya que el ataque sobre la ciudad podía durar más tiempo del que podían permitirse a tenor de la esperada llegada del grueso de la flota ateniense³⁸.

Esa misma noche los peloponesios fueron avisados de la aproximación de Eurimedonte con sesenta trirremes atenienses, por lo que optaron por retirarse a través del istmo de Léucade para no ser vistos. Ya con el estratega ateniense en la isla, el *dêmos* corcirenses desató con toda virulencia su rabia contra los *olígoi* bajo la protección e incluso participación de los hoplitas mesenios bajo mando ateniense³⁹. La persecución y ejecución de oligarcas se extendió a todo tipo de crímenes (*kakotropía*) y actos de crueldad, lo que motiva que Tucídides exprese sus más profundas convicciones sobre el influjo perjudicial que los grandes poderes ejercen sobre los antagonismos sociales de los estados más pequeños⁴⁰.

37. KELLY, *op.cit.*, 47; WILSON, *op.cit.*, 103-104.

38. WESTLAKE, *op.cit.*, 146.

39. III, 80, 2-81, 3. En el relato de D.S. XII, 57 no hay terror y los suplicantes del templo no son ejecutados. Véase M. CICCIO, «Guerra, *στάσεις* e *ἀσυλία* nella Grecia del V secolo a.C.», en M. Sordi (a.c.), *I santuari e la guerra nel mondo classico*, *CISA* 10, Milán 1984, 132-141 para un tratamiento de este episodio en el contexto de un deterioro del concepto de *ἀσυλία* durante el siglo V, principalmente en desórdenes intestinos, al socaire de una nueva interpretación del mismo promovida desde los ambientes intelectuales y en especial sofisticos; sobre la *asyllia* como garantía jurídica, cf. también DUCREY, *op.cit.*, 304-311.

40. III, 81, 4-84, este último capítulo considerado espurio por la gran mayoría de especialistas.

De la violencia exhibida en Corcira durante una semana Tucídides culpa a Eurimedonte, que eludió su responsabilidad de mantener el orden, algo que había logrado Nicóstrato con una fuerza cinco veces inferior. Presumiblemente ambos *strategoí* tendrían órdenes similares, salvaguardar la alianza ateniense con Corcira, pero Eurimedonte concibió este objetivo de una forma diferente, depurando la escena política corcireña de oponentes al régimen proateniense⁴¹.

En este sentido, conviene subrayar que a los hechos sucedidos en Corcira no es ajena la propia situación interna de las sociedades ateniense y espartana, epicentros de sus respectivos imperios hegemónicos. Atenas vive los convulsos y críticos años que suceden a la muerte de Pericles, de permanente debate y transformaciones en el liderazgo del *dêmos*⁴². La creciente influencia de Cleón y otros demagogos abrirá el camino para unos presupuestos estratégicos mucho más agresivos que los diseñados por el Primer Ciudadano al comienzo del conflicto, que buscan ahora decididamente la expansión y conquista de territorios, según demuestran las campañas en Creta, Sicilia, Etolia, Acarnania, Corintia, Beocia y Tracia, todas ellas entre 427 y 423. Por su parte, en Esparta los condicionantes de lo que empieza a vislumbrarse como una larga y cruenta conflagración hacen mella entre el cuerpo de *hómoioi*, lo que queda patente en el tratamiento dado a los de Platea tras su rendición en 427, nada favorable para su propaganda de liberadores de Grecia (III,68). Las diferencias entre los planteamientos bélicos de Brasidas y Alcidas durante la campaña de Corcira son claro exponente de la división entre los espartiatas que apoyan una política exterior imperialista, emprendedora y ambiciosa, coincidente con la apertura del espectro cívico y político en el interior a una masa de población limitada en el ejercicio de sus derechos, y los que niegan esta doble vía de actuación y se amparan en el tradicionalismo emanado de la *rhétra* lacedemonia. El predominio de estos últimos durante la mayor parte de la guerra, simbolizado en el escaso respaldo a la aventura tracia de Brasidas, que habría de crear la figura de los brasideos o hilotas liberados por sus servicios en el ejército, se rompería tras la contienda, cuando con personajes como Lisandro o Agesilao Esparta parece dispuesta a erigirse en sucesora del imperio ateniense en el Egeo y a heredar las riquezas derivadas de su lugar privilegiado como *hegemón* único en la Hélade.

41. KAGAN, *op.cit.*, 181, que vincula a Eurimedonte con Cleón y su actuación en Corcira con las agresivas directrices de un nuevo y belicista colegio de estrategos en oficio. Incomprendiblemente WILSON, *op.cit.*, 104-105 culpa también de la masacre a Nicóstrato.

42. PLÁCIDO, De la muerte de Pericles..., *op.cit.* (n. 27), 131-143.

Con toda su importancia y trascendencia, la represión sobre los oligarcas corcirenses no fue completa. Unos quinientos consiguieron escapar a la matanza y huir al continente, donde se hicieron fuertes y devastaron no sólo el territorio corcireño situado frente a la isla, la *peraía* continental, sino que llevaron a cabo incursiones de saqueo en la isla que llegaron a producir hambre entre la población. Los *oligoi* pedían con insistencia ayuda a Corinto y Esparta, pero éstos no acudieron, probablemente en la idea de que eran escasas las posibilidades de éxito. Al fin, haciendo uso de sus amplios recursos económicos, los exiliados contrataron mercenarios, probablemente nativos de territorios vinculados a Corinto y, por tanto, bien dispuestos hacia estos oligarcas procorintios⁴³, con los que emprendieron el asalto a la isla, donde fortificaron el monte Istone e incluso dominaron la *chóra* de la ciudad (III,85). Aunque un contingente mercenario no sea numeroso, como en este caso -apenas un centenar-, con determinación y buen armamento su intervención podía ser decisiva⁴⁴. Prueba de ello es que el daño que causaban fue en aumento y supondrá en 425 un nuevo brote o reanudación de la *stásis* corcireña (IV,46-48). Por el momento, Atenas había salvado e incluso afianzado, mediante la firma de una alianza completa, ofensiva y defensiva⁴⁵, la pervivencia de un valioso enclave en el noroeste, aun a costa de tratar a su cuerpo cívico como a un miembro cualquiera, sometido y tributario, de su imperio⁴⁶. Efectivamente, desde el momento en que la original *epimachía*, basada en el principio de *ἐὰν δὲ ἦ ἐπὶ τῆν γῆν τῶν ... βοηθεῖν*, «acudir en auxilio en caso de invasión del territorio del aliado», se trueca en una *symmachía* que tiene como finalidad *ὥστε τοὺς αὐτοὺς ἐχθροὺς καὶ φίλους νομίζειν*, «tener los mismos amigos y enemigos», el estado corcireño queda a expensas de la arbitraria e imperialista política exterior ateniense, lo que supone una notable merma en su soberanía⁴⁷.

43. ALONSO TRONCOSO, Neutralidad..., *op. cit.* (n. 11), 302.

44. M. BETTALI, *I mercenari nel mondo greco I. Dalle origini alla fine del V sec. a.C.*, Pisa 1995, 132.

45. Puesta en duda por WILSON, *op. cit.*, 114-115.

46. LINTOTT, *op. cit.*, 109.

47. H. BENGTON, *Die Staatsverträge des Altertums II: Die Verträge der griechischen-römischen Welt von 700 bis 338 v. Chr.*, Munich-Berlín 1962, nº 172; V. ALONSO TRONCOSO, «Algunas consideraciones sobre la naturaleza y evolución de la *symmachía* en época clásica (I)», en *Anejos de Gerión II. Homenaje a S. Montero Díaz*, Madrid 1989, 168-169 y 173.

Solventado satisfactoriamente el tema de Pilos, la flota de Sófocles y Eurimedonte prosiguió su singladura ese verano hacia sus originales objetivos de Corcira y Sicilia. Libres de cualquier intento de ayuda marítima a la isla por parte peloponesia, los atenienses pudieron zanjar de forma expeditiva los problemas que acuciaban a la facción demócrata en el poder en Corcira. Rápidamente desalojaron de su fortificación en el monte Istone a los oligarcas, que se entregaron para ser juzgados en Atenas y no por sus conciudadanos, bajo la condición de no intentar escapar⁴⁸. Sin embargo, los demócratas no renunciaban a librarse para siempre de sus enemigos políticos, por lo que se las ingeniaron para, por mediación de terceros, convencerlos de que los estrategos atenienses los entregarían al *dênos* para sufrir un horrible destino. Los *oligoí* intentaron la huida, pero fueron capturados y ejecutados de diversas maneras por los demócratas durante un día y una noche en un trágico epílogo de lo sucedido dos años antes (IV,46-48). Nuevamente Tucídides es crítico con la connivencia demostrada por los *strategoí* atenienses en la matanza, esta vez aderezada con tortura previa, en el único ejemplo de este tipo presente en toda la obra del historiador ático⁴⁹. El odio acumulado por los «populares» durante todo este tiempo de predación oligárquica sobre su territorio estalló de forma incontenible en la creencia, como dice Gomme⁵⁰, de que sólo la victoria completa de una facción mediante la masacre de la contraria podría asegurar la paz. Como corroboración de esta opinión, las mujeres capturadas en la fortificación acabaron siendo vendidas como esclavas (IV,48,4).

Corcira había quedado definitivamente asegurada dentro de la alianza ateniense, pero a costa de ver seriamente dañada su capacidad militar para el resto de la contienda, algo que, una vez comprobada la escasa operatividad y funcionalidad de la flota corcirese en los albores del conflicto, era tan sólo testimonial comparado con el indudable valor estratégico de la isla en la ruta a Occidente. Los demócratas habían purgado de oligarcas la arena política corcirese y con ello se ponía fin a su lucha civil, según Tucídides al menos en lo concerniente a la guerra del Peloponeso, pese a que Diodoro nos habla de un

48. Cf. BENGTON, *op.cit.*, nº 177 y F.J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia II*, Santiago de Compostela 1975, nº 114 para las estipulaciones concretas de la capitulación.

49. PANAGOPOULOS, *op.cit.*, 71.

50. *Op. cit.* III, Oxford 1956, 497.

posible rebrote de la *stásis* en 410⁵¹.

En realidad, vistos los acontecimientos, podemos concluir que los *oligoí* no obedecían a tal denominación y los doscientos cincuenta *prótoi* filocorintios originales eran sólo la capa epidérmica de un movimiento social de calado mucho más hondo. En otras palabras, tras ellos se escondía una apreciable parte de población que compartía unas ideas tendentes cuando menos a limitar la plena ciudadanía y la participación política, ideas que necesitaban del apoyo peloponesio para ser impuestas por la fuerza. Así, fueron cuatrocientos los oligarcas refugiados en el *Heraíon*, un número no especificado que se enroló en la escuadra ateniense y que se ha estimado en unos doscientos hombres y, por último, los quinientos que huyeron al continente, lo que supone un total superior al millar, una cifra elevada que explica que el movimiento trascendiera más allá de las reclamaciones sobre el derecho a gobernar de unos pocos *dynatoí*⁵². Esta evaluación vendría a corroborar la sospecha de que el paisaje agrícola en Corcira mostraba un

51. IV,48,5; D.S. XIII,48, cuyo relato coincide sospechosamente en detalles sustanciales con el de Tucídides de la *stásis* del 427: coloca a Conón -en lugar de a Eurimedonte- como estratego al frente de los seiscientos mesenios que colaboran con el *dêmos* corcirenses en el arresto, muerte y expulsión de un millar de prolacedemonios y, además, aquellos que consiguen salvarse huyen al continente para más tarde regresar y hostigar a sus conciudadanos hasta conseguir un acuerdo; otro punto coincidente es la medida adoptada de liberar a los esclavos -y en este caso también conceder la ciudadanía a los metecos- como precaución contra el gran número e influencia de los exiliados. Cf. GOMME, *op.cit.* III, 497, que desconfía igualmente del relato del Sículo; para HORNBLLOWER, *op.cit.* II, Oxford 1996, 205 una explicación más satisfactoria sería que Tucídides escribió este pasaje mucho antes del 410, el cual quedaría a falta de revisión, con lo que por la expresión «al menos por el resto de esta guerra» debemos entender solamente la guerra arquidámica; también WILSON, *op.cit.*, 112-114 admite el nuevo conflicto civil corcirenses tal y como es narrado por Diodoro. No podemos cerrar los ojos, sin embargo, al hecho de que probablemente el texto del historiador siciliota refleje la tensa situación interna que vivía la sociedad corcirenses casi de forma permanente, motivada en gran medida por el elevado número de individuos adscritos a la ideología de las clases acomodadas dentro de unas estructuras democráticas no demasiado consolidadas.

52. LINTOTT, *op.cit.*, 109, aceptado por HORNBLLOWER, *op.cit.* II, 472 frente a las estimaciones inferiores, en torno a los cuatrocientos oligarcas, de RUSCHENBUSCH, *op.cit.*, 37 y 40. WILSON, *op.cit.*, 100-101 eleva la cifra a entre dos y tres mil. Si se acepta el controvertido pasaje de Diodoro discutido en la nota anterior, hubo mil quinientos muertos en esta «primera» *stásis*, «todos ellos primeros entre los ciudadanos» (*pántes proteúontes tón politón*: XIII,48,2).

predominio de la gran propiedad, dedicada preferentemente al cultivo del vino y de los árboles frutales (X. *HG.* VI,2,6) y trabajada por abundante mano de obra esclava, cuya presencia en los campos debió de ser muy superior a la atestiguada en la flota⁵³. Frente a otras zonas de Grecia basadas en un régimen de pequeña propiedad cuyos dueños cultivaban para garantizar con dificultad la subsistencia, los numerosos y prósperos latifundios corcirenses acrecentaban con su excedente el erario de una nada parca elite social que dejaba sentir notablemente su influencia en la política interna y externa de su estado, fuera bajo un régimen democrático u oligárquico.

53. M.H. JAMESON, «Agriculture Labor in Ancient Greece», en B. Wells (ed.), *Agriculture in Ancient Greece, Proceedings of the Seventh International Symposium at Swedish Institute at Athens* (16-17 May, 1990), Estocolmo 1992, 140 y 146.